



La torre de cubos

y otros cuentos

LAURA DEVETACH

Ilustraciones de **Natalia Colombo**

loqueleo

***A todas las maestras y todos los
maestros que hicieron rodar
estos cuentos cuando no se podía,
¡muchas gracias!***

Este libro nació en 1964, cuando mi hija mayor dibujaba monigotes en las paredes y jugaba con los cubos amarillos y rojos que le había hecho su papá. Fue mi primer libro para los chicos, y aunque muchas de las cosas que allí cuento parecen fantásticas nacieron de la realidad.

Yo vivía en Córdoba, en un barrio donde a veces los padres se afligían porque sus hijos terminaban rápido los cuadernos y ellos no podían comprarles otro enseguida. Era un barrio donde se podía dibujar monigotes en las paredes, con carbón, ladrillo o lo que encontraran, porque las paredes eran menos importantes que los chicos. Donde a la tardecita se sentaban en el patio de mi casa y escuchaban un cuento de tres marineritos que no conocían el mar. Porque ni ellos ni yo conocíamos el mar. Entonces lo inventábamos juntos.

A veces yo viajaba a Buenos Aires. Me gustaba pasear cerca del Obelisco. Un día, ahí nomás, delante de mí, vi un deshollinador que parecía escapado de un dibujo. Y claro, le di trabajo en un cuento.

¿Y ustedes? ¿Dibujaron monigotes en alguna parte? ¿Hicieron torres con algunas cosas? ¿Plantaron semillas, cuadernos o algo así de estrafalario? Si me lo quieren contar, pongan en un sobre un silbidito como el de Mauricio y ¡lo mandan!

Laura Devetach



La torre de cubos

“Mi tren es un gusano amarillo y rojo”, pensó Irene. “Chucuchuf, chucu-chuf, chucu-chuf”.

La hilera de cubitos se deslizaba sobre los mosaicos pulidos. La niña los empujaba de atrás salpicando el piso con un poco de saliva cada vez que decía “chucu-chuf”.

Mamá no estaba. Tardaría en regresar trayendo su aromática bolsa llena de frutas y verduras. Cuando volviese, Irene la asaltaría y clavaría los dientes en el jugo abultado de las uvas. Entre tanto, armaba cosas con sus cubitos amarillos y rojos, y hablaba con ellos mientras sentía el frío de los mosaicos.

“Haré una torre inmensa, como una víbora parada con la cola”.

Pero la idea le pareció un poco simple y decidió hacerle una ventana en el medio, como si la víbora se hubiese tragado una uva de las que traería mamá. Pero una uva del tamaño de una manzana.

Rojo, amarillo, rojo, amarillo, uno, dos, siete, ocho. Ahora, cuidadosamente, una tablita plana en equilibrio. Sobre la tablita, un cubo en cada extremo. Sobre los dos cubitos, otro uniéndolos y otra vez rojo, amarillo, rojo, amarillo. La ventana estaba lista en el medio de la torre. Era así, chiquita. Como para que se asomase una persona del tamaño del dedo pulgar de Irene. La torrecita temblaba de miedo de romperse, pero se mantenía firme.

Justo cuando Irene colocaba con suavidad el último cubo se le ocurrió la idea de mirar a través de la ventana.

Primero parpadeó tres veces. Luego, cinco; porque desde el otro lado una cabra le sacó la lengua. Irene dio vueltas alrededor de la torre, pero solo veía mosaicos y los cubos que habían sobrado.

Se agachó nuevamente, espiando por el agujerito, y la cabra le dijo: “¡Meee!”. Irene no sabía qué pensar. Espió de nuevo. Había colinas azules y muchísimos durazneros en flor. Las cabras blancas subían y bajaban por una montañita de todos colores.

Detrás de la ventana Irene no veía nada. Solo su aburrido piso de mosaicos. Delante de la ventana tampoco.

Intentó pasar una pierna por el agujero, pero la punta de su zapato era demasiado ancha. ¿Y sus piernas? ¿Y su cintura? ¿Y su gran cabezota amarilla? No, no podría pasar, ni podría jugar con las cabras en las hermosas colinas.

Metió un dedo y una cabrita se lo lamió. Irene lo retiró, asustada. Dio varias vueltas alrededor de su torre, pero no encontró nada nuevo.

El vendedor de tortas, después de esperar largo rato que le



12 abrieran la puerta de calle, entró y le ofreció una riquísima masa cuadrada cubierta de azúcar.

—No —le dijo Irene, apurada porque se fuera para poder seguir mirando por la ventana de la torre.

—¿No? —preguntó el viejo—, siempre te gustaron, ¿por qué hoy no?

—Estoy ocupada. Tengo que mirar por la ventana de mi torre.

—¿De esa torre?

El índice color madera señalaba la finísima torre de Irene.

—Sí, es una torre muy rara. Tiene cabras y colinas azules adentro. Me gusta más que tus tortas de azúcar.

—¿Puedo ver yo también?

El viejo dejó su canasto dulce en el suelo y de rodillas espío por la ventanita.

—¡Ja ja! —rio—. Esas cabras son muy maleducadas.

—¿Dónde están? ¿Podrías decirme dónde están? Detrás de la torre no hay nada, delante tampoco. Yo no puedo atravesar ese agujero.

—¡Hum...! —meditó el viejo, agachado frente a Irene. Su rostro misterioso se mostraba preocupado—. ¿Probaste pasar por sobre la torre?

—¡Pero es muy alta! —se quejó Irene—. ¿No te parece que es la torre más alta del mundo?

—Tal vez... Podrías voltearla al pasar por encima, pero no hay otra solución. Solo así llegarás a las colinas y a los durazneros.

Irene se tomó la pollera con la punta de los dedos. Con el vértice de sus piernas rozó el último cubito. La finísima torre se estremeció, como de frío, y quedó quietita nuevamente. Irene

hizo un saludo al viejo y se puso a saltar por las colinas azules mientras las cabras la miraban muy serias.

13

Era un verano tierno, de durazneros. Era un cielo liso como dibujado en la arena por la palma de una mano. Eran unas briznas de lenguas mojadas y allá, a lo lejos, enroscando humaredas desde las chimeneas, un grupo de casitas.

En Pueblo Caperuzo todos tomaban té con miel a las cinco de la tarde. Aquella miel era como una buena palabra. Irene la extendió suavemente sobre el pan blanco y la comió mientras oía cosas maravillosas.

Los caperuzos eran duendes cubiertos con enormes capuchas de colores. Festejaron con pan y con miel la llegada de Irene.

—Nosotros defendemos —explicaron—, defendemos al que lo necesita.

—¿A mí, cuando los chicos quieren pegarme?

—No, porque eso no es importante. Vos tenés fuerza para defenderte sola e inteligencia para resolver tus problemas. Nosotros defendemos otras cosas.

—¿Qué? —preguntó Irene, no muy conforme con los caperuzos.

—Defendemos a los negros, cuando los blancos los desprecian. Les susurramos al oído: “Negro, negro, tu cuerpo es brillante como la piel de la manzana, tu cuerpo es bueno, y buena, tu cabeza. Tus manos son raíces que fuera de la tierra morirían. Hay que enterrarlas, aquí, y crecer y transformar los jugos del mundo para dar frutos. Negro, negro —así les decimos—, hay que trabajar y aprender y enseñar hasta que cada brizna del campo reconozca tu buen cuerpo brillante como una manzana”.

Así les decimos. También el blanco nos oye. Sentados en su hombro tintineamos sin cesar. El laberinto de su oreja es tobogán para nosotros, para que podamos caer dentro de su cabeza clara. “Blanco, blanco –les decimos–, que el fino papel que te envuelve no te diferencie de otro hombre. El pan en que hincas el diente es igual al del otro”.

Irene recordó a sus compañeros oscuros. Pedro, por ejemplo, el hijo de la lavandera. Nunca le había contado que los caperuzos le hablaban al oído. ¿Y ella? ¿Los había escuchado alguna vez? Sí, claro. Ahora recordaba.

Los duendes de colores la llevaron a las colinas azules. Colgaban de los durazneros ligeros columpios, en los que Irene se hamacó riendo. La boca se le llenaba de viento con sabor a té.



Subieron después a delicados botecitos pardos, hechos con cáscaras de nueces y castañas. Meciéndose en el agua color membrillo, Irene aprendió nuevas canciones de cuna.

El sol era un jugo lento sobre las colinas azules; Irene pasó toda la tarde conociendo maravillas. Aprendió a hacer delicadas torres de arena, a llamar a los peces rojos, a remontar barriletes desde los barquitos pardos.

Cuando cayó la noche, las aguas color membrillo se pusieron más intensas y un incendio de estrellas se volcó en la superficie de las colinas.

Las casitas seguían enroscando humaredas con sus chimeas. Al acercarse al pueblo dejaron atrás el claro garabato de los durazneros.

En una de las casitas, Irene tomó chocolate y después ayudó a secar las tazas a papá caperuzo. Este era tan alegre que la niña temía que rompiese las hermosas tacitas y los platitos delicados.

—Siem-pre-la-vo-los-pla-tos-pa-ra-a-yu-dar-a-ma-má —cantó papá caperuzo bailoteando con el repasador blanco colgado del brazo.

Mamá caperuza sonreía mientras adornaba con azúcar unas hermosas tortas calientes.

Irene se sentía feliz allí. El olor a pan y a durazneros le llenaba el cuerpo. Las casitas caperuzas eran pepitas de luz suspendidas entre las colinas. Cuando regresara a casa le diría a mamá que trataran de vivir como los caperuzos; así de contentos, por lo menos. Le diría a papá que de vez en cuando secasen entre los dos los platos, hiciesen tortas morenas cubiertas de azúcar y echasen a mamá de la cocina, para luego darle una sorpresa.